

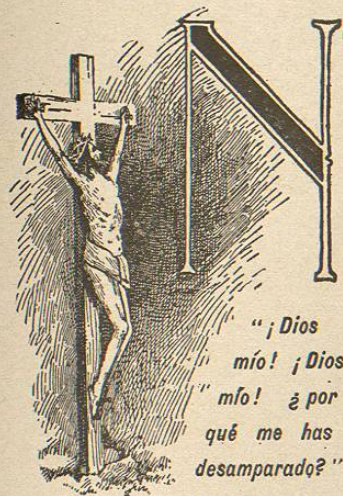
[128]

Las Tiniéblas en el Calvario.

Copyrighted 1895 by Int. Tract Soc.

“Ninguna mirada podía penetrar la negrura que envolvía la cruz.”

La Muerte de Cristo.



“ ¡ Dios
mío! ¡ Dios
mío! ¿ por
qué me has
desamparado? ”

NO fué ni el temor á la muerte, ni el suplicio de la cruz que causaron á Cristo tan terribles sufrimientos. Fué el gravosísimo peso de los pecados del mundo y el sentimiento de la ira de su Padre que quebrantaron su corazón y trajeron una muerte tan rápida al Hijo de Dios.

Cristo sufrió como tiene que sufrir el pecador sin luz ni esperanza en Dios. Cristo sintió lo que los malignos sentirán cuando las redomas de la ira de Dios se vertirán sobre ellos.

Los ángeles contemplaron con asombro la agonía de desolación que sufría el Salvador. La angustia de su ánimo era tal que casi no sentía el suplicio de la cruz.

Aun la naturaleza misma parecía armonizar con aquella escena. El sol que había brillado con claridad hasta medio día, entonces se ofuscó por completo, y alrededor de la cruz hubo intensísima oscuridad. Estas tinieblas sobrenaturales duraron cosa de tres horas.

Ninguna mirada podía penetrar la negrura que en-

[129]

volvía la cruz. Un indefinido terror se apoderó de todos los que allí estaban. Cesaron los escarnios y las maldiciones. Hombres, mujeres y niños se postraron en tierra llenos de espanto.

De vez en cuando vivísimos relámpagos brillaban de la nube y revelaban por un instante la cruz y el Redentor crucificado. Todos creyeron que la hora de la retribución había llegado.

A la novena hora se alzó la oscuridad de sobre el pueblo, pero todavía envolvió al Salvador como con un espeso manto. Los relámpagos parecían ser lanzados contra él. Fué entonces que prorumpió en aquella exclamación de amargura :

“ ¡ Dios mío, Dios mío ! ¿ por qué me has desamparado ? ”¹

Entre tanto la oscuridad se extendió sobre Jerusalem y los llanos de Judea. Todas las miradas dirigidas hacia aquella ciudad vieron los rayos terribles de la ira de Dios lanzados sobre ella.

Repentinamente se desprendieron las tinieblas que rodeaban la cruz, y Jesús clamó en voz clara que parecía resonar como clarín á travez de la creación entera :

“ ¡ Consumado está ! ”² “ ¡ Padre, en tus manos encomiando mi espíritu ! ”³

Una aureola de luz rodeó la cruz, el rostro del Salvador brilló como con el fuego del sol. Luego inclinó la cabeza y espiró.

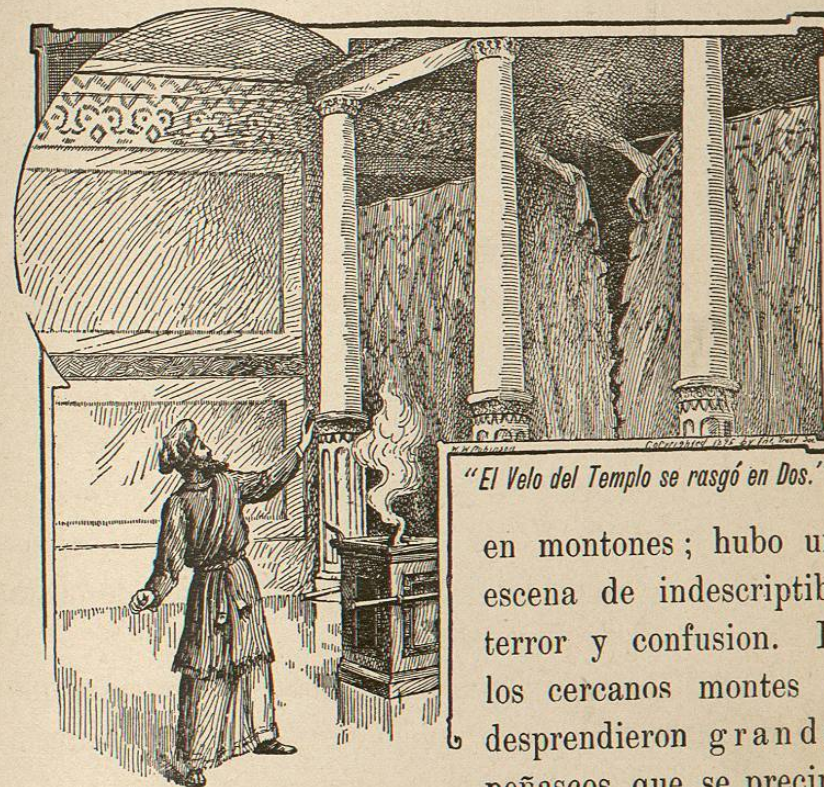
¹ Marcos 15 : 34.

² Juan 19 : 30.

³ Lucas 23 : 46.

La multitud al rededor de la cruz parecía estar paralizada, y apenas respirando, contemplaba al Salvador. Otra vez descendieron las tinieblas, y se escuchó un ruido sordo como de lejanos pero formidables truenos.

Hubo un violento temblor de tierra, y la gente cayó



“ El Velo del Templo se rasgó en Dos. ”

en montones ; hubo una escena de indescriptible terror y confusión. De los cercanos montes se desprendieron grandes peñascos que se precipitaron rodando hasta el fondo de los valles. Los sepulcros se abrieron, y muchos de los muertos fueron arrojados fuera de ellos.

Toda la creación parecía estar reduciéndose á átomos. Los sacerdotes, gobernantes, soldados, y el pueblo yacían por tierra mudos de terror

Al tiempo de la muerte de Cristo algunos sacerdotes estaban ministrando en el Templo de Jerusalem. Sintieron la sacudida del temblor, y al mismo instante el velo del Templo, que separaba el lugar santo del lugar santísimo, fué desgarrado de arriba hasta abajo por aquella mano misteriosa que escribió la sentencia sobre los muros del palacio de Belsasar.

El lugar santísimo del santuario terrenal ya no era sagrado; la presencia de Dios no volvería á brillar sobre el propiciatorio; ya el agrado ó el disgusto del Altísimo no se volvería á manifestar por el brillo ó la sombra de las joyas en la pechera del sumo sacerdote

Desde ese momento no tenía ya valor alguno la sangre de los corderos que se ofrecían en el Templo; el Cordero de Dios, al morir, había consumado el sacrificio aceptable por los pecados del mundo.

Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, fué abierto por él un camino viviente y nuevo tanto para los gentiles como para los Judíos.

Los ángeles se regocijaron cuando el Salvador clamó: "¡Consumado está!" Comprendieron que el grandioso proyecto de la redención se llevaría á efecto; y que los hijos de Adán, por una vida de obediencia, podrían finalmente ser elevados hasta la presencia de Dios.

Satanás quedó derrotado y conoció que había perdido su imperio.

En el Sepulcro de José.

* * *



EL crimen por el cual fué condenado el Salvador era el de traición contra el Gobierno Romano. Los que eran ajusticiados por esta causa eran sepultados en un terreno dedicado especialmente para ese objeto.

Juan se estremecía de dolor al pensar que el cuerpo de su amado Maestro sería indignamente llevado por los soldados Romanos, groseros y brutales, y arrojado en ignominiosa tumba; mas no encontraba manera de evitarlo, pues no tenía influjo acerca de Pilato.

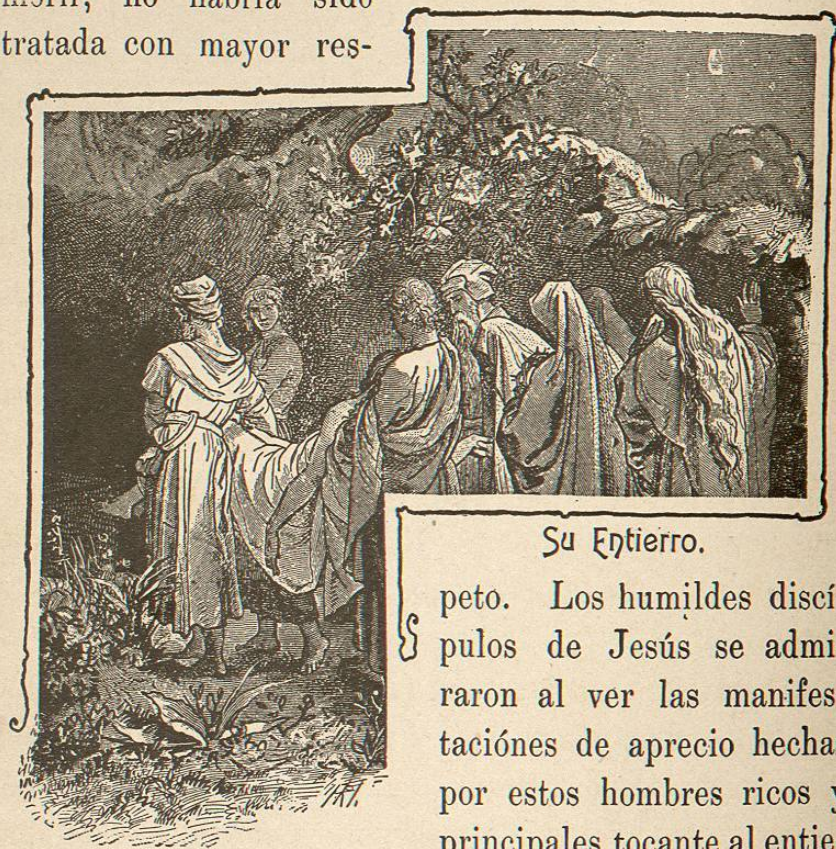
En esta difícil situación José de Arimatea y Nicodemo vinieron al auxilio de los Discípulos. Ambos eran miembros del Sanedrín y conocidos de Pilato; eran además, hombres ricos y de influencia. Ellos se propusieron que el cuerpo del Salvador había de recibir honrosa sepultura.

José se dirigió osadamente á Pilato, y le pidió el cadáver de Jesús. Pilato, despues de asegurarse que Cristo estaba realmente muerto, se lo concedió.

Mientras José obtenía de Pilato el cuerpo del Reden-

tor, Nicodemo compró una valiosa mezcla de mirra y áloes, con peso de cosa de cien libras, para la sepultura del Salvador.

La persona mas distinguida en todo Jerusalem, al morir, no habría sido tratada con mayor res-



Su Entierro.

peto. Los humildes discípulos de Jesús se admiraron al ver las manifestaciones de aprecio hechas por estos hombres ricos y principales tocante al entierro de su Maestro, muerto en la ignominiosa cruz.

Los discípulos estaban abismados de dolor por los acontecimientos que acababan de pasar. Olvidaron que Jesús les había dicho de antemano que todas esas cosas tenían que suceder. Por tanto, estaban sin esperanza.

Ni José, ni Nicodemo habían aceptado á Jesús abier-

tamente durante su vida; pero habían escuchado sus enseñanzas y habían observado atentamente cada paso de su ministerio. Aunque los discípulos habían olvidado las palabras del Salvador en que les anunciaba su muerte, José y Nicodemo las recordaron bien y los acontecimientos relacionados con la muerte de Jesús, que hicieron titubear á aquellos en su fe, sirvieron para confirmar la de estos, trayéndoles la convicción que era el verdadero Mesías, y haciendo que se pusieran decididamente de su parte.

El auxilio de estos varones respetados y ricos se necesitaba mucho en aquella ocasión. Ellos podían hacer en favor de su Señor fallecido, lo que era imposible para los pobres discípulos. Con sus propias manos quitaron reverentemente de la cruz el cuerpo del Hijo de Dios, y sus lágrimas de simpatía y ternura se derramaban copiosamente al contemplar sus formas heridas y desgarradas.

José tenía un sepulcro nuevo, cavado en la roca; lo había mandado hacer para sí mismo, pero ahora lo preparó para recibir á Jesús. El cadáver fué envuelto con las especias que trajo Nicodemo, en una sábana de lino, y fué llevado al sepulcro.

Aunque los gobernantes Judíos habían logrado la muerte del Hijo de Dios, no estaban tranquilos; conocían demaciado el gran poder de Jesús. Algunos de ellos habían estado junto al sepulcro de Lázaro y habían visto al muerto resucitado y vuelto al pleno vigor varo-

nil, y temblaban al pensar que pudiese Cristo surgir de entre los muertos y aparecer ante ellos otra vez.

Habían oído á Jesús declarar al pueblo que tenía poder para entregar su vida y para tomarla otra vez. Recordaban que él había dicho: “Destruid



Sellando la Tumba.

este templo, y yo en tres días lo levantaré.”¹

Júdas les había referido lo que Jesús había dicho á sus discípulos durante su último viaje á Jerusalem:

“He aquí que vamos subiendo á Jerusalem, y el Hijo del hombre será entregado á los jefes de los sacerdotes, y á los escribas; los cuales le condenarán á muerte. Y le entregarán á los gentiles,

¹ Juan 2: 19.

para que le escarnezan, y asoten, y crucifiquen: mas al tercer día resucitará.”²

Recordaron ahora muchas de las cosas que Jesús predijo tocante á su resurrección; y no podían librarse de estos pensamientos, por mas que lo desearon; como su padre el diablo, ellos tambien creían y temblaban.

Todo les indicaba que Jesús era efectivamente el Hijo de Dios. No podían ni dormir, pues en su muerte Jesús les inquietaba aun más que cuando vivía.

Deseando asegurarlo todo del mejor modo posible, pidieron á Pilato que custodiara el sepulcro hasta el día tercero. Pilato puso una compañía de soldados á la orden de los sacerdotes, y les dijo:

“¡Tenéis una guardia; id, asegurarlo lo mejor que sabéis! Ellos pues fueron, y aseguraron el sepulcro con la guardia, sellando además la piedra.”³

² Mateo 20: 18, 19.

³ Mateo 27: 65, 66.